

F1232
.I8
n4

ITÚRBIDE

D. CARLOS NAVARRO Y RODRIGO

DEPARTAMENTO DE HISTORIA



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

ITÚRBIDE.

I.

Al leer el título de esta obra, habrá tal vez quien murmure el nombre ó los nombres de algunos personajes contemporáneos. Protesto de estas aplicaciones, como ya he protestado de ellas en las Cortes españolas. Móviles tan mezquinos no guian mi pluma. Confieso, sin embargo, que de haber tenido tiempo á mi disposicion, y, sobre todo, de haberme sentido con fuerzas, habria acometido la audaz empresa de hacer un paralelo entre la revolucion iniciada en Méjico por Itúrbide y la última revolucion española iniciada en las playas de Cádiz. Tácito describía la ingenua sencillez, el fiero amor á la libertad y las virtudes primitivas de los germanos para dejar en aquel cuadro inmortal una sátira del refinamiento, de la decadencia y de los vicios de Roma. Mirabeau, cuando escribía su gran obra sobre la monarquía prusiana, y hacia una esposicion tan admirable de sus principios en materias de Administracion y de política, de legislacion

y de Hacienda, hablaba de Prusia, es cierto, pero tenia la mente puesta en Francia. Tambien en nuestros dias, Mr. Beulé, del Instituto, ha recordado en páginas elocuentísimas la austera verdad de la historia sobre Augusto y sobre Tiberio, menos para abominar de estas muertas tiranías, que para presentarlas como semejanzas del imperio levantado en su patria, que viene á considerar tan corrompido como el de Augusto y tan cruel como el de Tiberio. Pues bien; confieso que yo, pobre escritor, á quien el fervoroso patriotismo que en su pecho palpita inspira altísimos propósitos que la menguada condicion de su inteligencia no le consiente realizar, desearia que alguien en mi pobre patria, con la riqueza de entendimiento y de fantasía que á mí me falta, siguiendo las nobles, las luminosas, las inmortales huellas de Tácito, de Mirabeau y de Beulé, estudiara las fases diversas de la revolucion mejicana, que tantas armonías y consonancias guarda con la nuestra, y presentara á todos con vencedora elocuencia y con claridad terrible el abismo á que caminamos, que nos atrae, que nadie evita y que puede fácilmente devorar á España. Nosotros, despues de Alcolea, hemos podido realizar una revolucion admirable, solo con imitar el espíritu práctico de los ingleses, solo con seguir su gran ejemplo de 1688, solo con que nuestra Asamblea Constituyente hubiera copiado al pié de la letra el acta del Parlamento inglés cuando declaró la caida de Jacobo II, sin empeñarnos en temeridades, en anticipar los tiempos y en arraigar ideas abstrusas, para las cuales no están los espíritus suficientemente preparados, llamando á las muchedumbres á la prác-

tica de unos deberes y al ejercicio de unos derechos que no comprenden y que traen la anarquía en los hechos como consecuencia indeclinable de su falta de educacion. Quizás en la hora del desengaño, cuando el desórden moral y material amenace y se estiende por todos los ángulos de la Península, los hombres de buena voluntad se recojan en su conciencia y hagan al fin lo que no se hizo en el momento fugitivo del entusiasmo. Si tambien se pierde ese momento, *Lasciate ogni speranza*, la revolucion española está perdida, y la grave, solemne, tremenda crisis por que hemos pasado, pudiendo ser regeneracion, aurora, vida, porvenir, será decadencia, crepúsculo, agonía, muerte. Nuestra semejanza con Méjico será completa entonces, cosa que no nos asombrará, porque, despues de todo, el fenómeno no tiene mucho de extraño. Los hijos y los padres es natural que se parezcan; son los unos reproduccion en carne y en espíritu, material y moral de los otros, prolongacion de la raza latina y de la familia española en la cadena de los tiempos. Méjico es la España de América. España será el Méjico de Europa.

Dichas estas palabras, que pudieran servir de prólogo sin dificultad alguna, hablemos ya de nuestro héroe, hablemos de Itúrbide.

II.

Nació Itúrbide el 27 de Noviembre de 1783 en Valladolid de Michoacan. Fueron sus padres D. José Joaquin de Itúrbide, español, natural de Pamplona,

y doña Josefa de Aramburu, mejicana, que pertenecía á una antigua y noble familia del mismo Valladolid. En el nacimiento y en los primeros instantes de la existencia de Itúrbide, se vieron algunos de esos signos, que no por ser naturales ó hijos de la casualidad, dejan de ser mirados por el vulgo como anuncios de predestinacion. El parto que lo dió á luz fué muy laborioso, y al cuarto dia, cuando se daba casi por muerta á la madre y por perdido el feto, aquella se acogió con fervor á la intercesion del P. Fr. Diego Baselenque, uno de los fundadores de los Padres Agustinos de la provincia, cuyo cadáver momificado se conserva en el presbiterio de la iglesia de San Agustín en Valladolid, y á quien se adora por santo; trájosele además una reliquia de este beato, la capa que el buen Padre usaba y guardaba el convento con piedad suma; de modo que, habiendo dado á luz un niño con toda felicidad, se le puso en la pila bautismal el nombre de Agustín. A los once meses parece que el niño conservó tambien la vida como por milagro. Cuéntase que, habiendo puesto una criada indiscreta una luz cerca del pabellon que cubria la cuna en que dormia el niño, se incendió aquel, y habiéndose comunicado el fuego á los cordones que sostenian la cuna, el niño, con feliz instinto, se asió con fuerza del único que quedó ileso y salvó la vida.

Estudió Itúrbide las primeras letras en su pueblo natal, y gramática latina en el Seminario Conciliar del mismo. Despues, muy jóven aun, se dedicó á cuidar los intereses de su casa, de tal manera, que á los quince años estaba al frente de una de las mejores fincas de su padre. Esto no obstante, y siguiendo la

costumbre de las familias distinguidas del país, con cuyos individuos se constituian las milicias indígenas, entró á servir como alférez en el regimiento de infantería provincial de Valladolid cuando lo mandaba como coronel el conde de Casa-Real. Casó á los veintidos años con doña Ana María Duarte, de una acomodada y noble familia del mismo Valladolid, y poco tiempo despues de su matrimonio salió con su regimiento con direccion á Jalapa, para asistir á las maniobras militares que debian ejecutarse en presencia del virey Iturrigaray que se habia alojado en las inmediaciones de aquella villa.

Cuando Iturrigaray fué depuesto de su alto cargo en la capital de Méjico por consecuencia de la poca confianza que inspiraba á los europeos en los instantes en que llegaron á Nueva España las noticias de los sucesos que ocurrían en nuestro país por el comienzo del siglo, que tanto podían influir é influyeron en nuestras posesiones americanas, Itúrbide se encontraba en dicha capital siguiendo un pleito en aquella Audiencia, y aunque se cuenta que desaprobó altamente la prision de Iturrigaray, el nombre de Itúrbide apareció entonces por primera vez en los periódicos como el de uno de tantos oficiales del país que ofrecían sus servicios al nuevo gobierno, y despues siguieron sin vacilacion la bandera española contra la de Independencia, alzada por el cura Hidalgo en el pueblo de Dolores.

III.

La caída de Godoy y la proclamación de Fernando VII, con los sucesos que por entonces ocurrieron en la metrópoli, tuvieron grande y dolorosa repercusión en los dominios españoles allende el Atlántico. Mandaba en Nueva España como virey Iturrigaray, hechura de Godoy, y como tal sospechoso á los mismos españoles que, aun en tan lejanos países, odiaban también al criminal favorito. No se había granjeado Iturrigaray hasta entonces ni el respeto de los naturales, ni las simpatías de los españoles; antes por el contrario, atento solo á satisfacer la voracidad de Godoy y la propia, ni los unos ni los otros estaban de él enamorados, de suerte que, cuando supo la caída de su favorecedor y temió la suya, quiso buscar por todos los caminos el modo de mantenerse en su puesto. Buscó el arrimo de los naturales, quizá porque creyó en la disolución de España, habiendo caído sobre ella Napoleón con todo su poder, y los criollos, ávidos de levantarse prepotentes sobre el elemento peninsular, como ocurrió por entonces en todas las demás posesiones americanas y ocurrirá eternamente en casos de esta especie, hallaron propicia la ocasión para realizar sus fines, y se dedicaron á lisonjear al Virey en todo, y mas aun á su esposa, que dominaba en su ánimo, y llegó á abrigar altas aspiraciones que la adula-

ción despierta fácilmente en imaginación de mujer y fueron la perdición cierta de su marido.

Quiso el Ayuntamiento de Mejico gobernar el país durante el cautiverio de Fernando VII, exponiendo «que el derecho de soberanía había recaído en el pueblo, á quien dicho cuerpo representaba, y que habían cesar todas las autoridades en su ejercicio hasta que hubieran recibido nueva investidura;» y el Virey, que no veía con malos ojos esta propuesta, y de quien se sospechaba que estaba de acuerdo con sus promovedores, si bien audivo vacilante algunos días por la resuelta actitud de la Audiencia, contraria á esta medida, al fin resolvió constituir una Junta en que tuvieran representación europeos y americanos, formando de ella parte los oidores y Alcaldes de Corte.

La nueva Junta dió pocas muestras de sí, limitándose á decretar la pronta jura de Fernando VII, que se llevó á efecto en 19 de Agosto de 1809; pero en cambio, si gobernaba poco, por el dualismo que había en su seno de europeos y americanos, nutria las divisiones y los enconos entre criollos y españoles. Victoreábase á Iturrigaray; pero los que tal hacían, era como para buscarse la impunidad al insultar á los blancos, y aunque en la capital y en las provincias se recibió con entusiasmo la proclamación de Fernando VII, el Virey parecía como que repugnaba reconocer el Gobierno de la metrópoli, pretestando que, dada la multiplicidad de poderes creados en la Península para rechazar la invasión francesa, no se podía averiguar cuál era el legítimo.

En esta situación, siempre aconsejado de algunos naturales ansiosos de novedades, ó que conspiraban

por la independencia, quiso reunir Iturrigaray una especie de Congreso en donde estuvieran representados los pueblos del vireinato: pero la Audiencia, y sobre todo el Auditor de Guerra, D. Miguel Bataller, combatieron enérgicamente este proyecto, como encaminado á producir la independencia. Irritóse el Virey; quiso hacer dejacion de su mando, y al saber que el Real Acuerdo se disponia á admitir esta renuncia, los individuos del Ayuntamiento, que creyeron perdida su causa con esto, consiguieron de Iturrigaray que no llevara á efecto su dimision, y le alentaron para que se echara por completo en sus brazos y procediera vigorosamente contra los europeos, para lo que el Virey dispuso reforzar la guarnicion de la capital.

Habia, pues, sobre el antagonismo tradicional entre criollos y europeos, verdadera animosidad entre Iturrigaray y sus compatriotas los españoles, á quienes trató con áspero desvío, cuando sin su patriótico y activo concurso era imposible de todo punto conservar aquel rico florón engastado en la corona de España en momentos tan angustiosos y solemnes. Unos y otros fatigaban las manos escribiendo á la madre patria contra los que consideraban antagonistas, y la pobre España, que hartó hacia con dar ejemplo á la acobardada Europa de dignidad y de heroismo resistiendo á Napoleon, veia amontonarse aquellos conflictos en las regiones americanas con la desesperacion de la impotencia. Situacion tan crítica en Méjico tuvo su desenlace; puestos de acuerdo los europeos, depusieron al Virey, y el que dirigió la conspiracion, D. Gabriel de Yermo, persona riquísima y de

gran autoridad entre los españoles, pudo evitar la efusion de sangre, y además dió una brillante prueba de patriotismo, muy rara en conspiradores, de no querer tomar parte alguna en el nuevo poder que se creaba, depositado íntegramente en manos del mariscal de campo D. Pedro Garibay, así como renunció los premios que luego se le dieron, sosteniendo á España, á veces con riesgo de su vida, y siempre con gran perjuicio de sus intereses.

Es cierto que la prision de Iturrigaray era un golpe terrible para el principio de autoridad, cuyo mantenimiento era de importancia tan decisiva en América; pero de no haber salido los españoles al encuentro de los propósitos que aquel abrigaba, el Congreso se habria reunido, y habria ocurrido lo que pasó en análogas circunstancias en Buenos-Aires, en Santa Fé y en Caracas; el Congreso habria depuesto al mismo Virey que lo convocó, y habria rehusado reconocer á cualquier Gobierno establecido en España que no fuera el de Fernando VII, y esto solo porque se tenia por seguro que no saldría nunca del poder de Napoleon (1). Consciente ó inconscientemente, si la Audiencia queria la union á toda costa de Méjico con España, aunque se hubiera arraigado aquí la dinastía de José Bonaparte, como ocurrió durante la guerra entre la Casa de Austria y la de Borbon, Iturrigaray y los suyos, hablando mucho de Fernando VII, tendian á la independencia y procuraban su completa

(1) Seguimos en esto, como en otras muchas cosas de esta obrita, al excelente y verídico historiador de Méjico, Sr. D. Lucas Alaman, ministro que ha sido de la República mejicana.

emancipacion de la metrópoli. Una amnistia de la Regencia de Cádiz absolvióle de toda culpabilidad por el delito de infidencia, pero no la fama entre los españoles y el juicio severo de la historia. No salió tan bien de la causa de residencia en que fué condenado por varios fraudes y por gratificaciones que él ó su mujer aceptaron por concesion de empleos y gracias. Por cierto que su mujer y sus hijos, cuando se fué á cumplir la sentencia, emancipado Méjico ya de España, pasaron á América y solicitaron que no se diese á ella cumplimiento, haciendo valer los méritos que su marido y padre habia contraído, siendo el primer autor y promovedor de la independenciam. Así aquella mujer, que aceptaba de sus criados el tratamiento de majestad, cuando soñaba con ser Reina; y sus hijos, que tanto aprovecharon las debilidades del padre por su familia, deshonoraron la memoria de Iturrigaray y hacen presumir fundadamente que quiso ser traidor á su patria.

IV.

Ni Garibay, que accidentalmente desempeñó el gobierno en aquellas circunstancias, débil anciano que habia de ser el juguete de los partidos, ni el arzobispo de Méjico Lezama, que por su caracter era imposible que tuviese aquellos arranques de energía que reclamaba su puesto en aquellas circunstancias, ni el mando colectivo de la Audiencia que necesariamente ha-

bia de carecer de unidad en sus pensamientos y de vigor en sus actos, podian evitar que viniese una catástrofe sobre Nueva España, ahogando los gérmenes de independenciam y discordia sembrados en tiempo de Iturrigaray. Gracias que, cuando la catástrofe vino y empezaron á desarrollarse estos gérmenes con el grito dado por el cura D. Miguel Hidalgo en Dolores, llegó á Méjico Venegas, nombrado Virey por la Regencia de Cádiz, soldado valeroso, formado en las primeras campañas de nuestra guerra de la Independencia, y cuyo patriotismo, del temple de aquella generacion varonil del año 12, no habia de retroceder ante ningun obstáculo, ni acobardarse ante ninguna de las sangrientas vicisitudes de aquella crisis tremenda.

No entra en nuestro propósito dar á conocer aquella revolucion tan repugnante como horrible, en que indignos sacerdotes convirtieron la imágen inmaculada de la Virgen en estandarte de guerra. La historia de las revoluciones, dolorosamente fecunda en toda clase de horrores y crímenes, nada registra que pueda compararse á esta revolucion parricida y sacrilega que no tenia mas plan ni mas medio de propaganda, ni mas elementos de triunfo que el incendio y el saqueo, los robos y los asesinatos. La vista se aparta con horror de aquellas hecatombes continuas, y el ánimo se asombra de que una República que quiere pasar como gobierno civilizado, haya querido revindicar tan menguado origen, cuando al estallar aquella revolucion, no hubo mejicano en quien quedasen, no ya honor y vergüenza, sino sentimientos humanos, que no se pusiese al lado de los españoles contra los

caribes que proclamaban la independencia. Quien nos juzgue exagerados ó acaso influidos por el noble sentimiento de la patria como españoles, que no nos crea á nosotros: lea á los escritores americanos, lea la historia de Alaman, mejicano y ministro que ha sido de aquella república, y nos dará la razon.

Por nuestra parte, sin entrar á referir las varias peripecias de aquella revolucion, daremos cuenta sumariamente de los hechos de armas en que tomó parte Iturbide contra los insurgentes de su propio país y en favor de España.

V.

Pocos dias bastaron á Hidalgo para estender su movimiento de una manera formidable: habia entrado á saco ciudades importantes como Guanajuato, capital de la provincia minera mas rica de Méjico, penetrado y dominado en Valladolid, fundido cañones, organizado fuerzas regulares de ejército, estendido el fuego de la rebelion entre las tribus indias, allegado muchedumbres inmensas de combatientes, bien que sin organizacion y mal armados. Fanatizados los indigenas por el caudillo de la insurreccion que prometia á los vivos el repartimiento de bienes de los gachupines, y á los muertos la gloria del cielo en nombre de la Virgen de Guadalupe, que proclamó patrona de los rebeldes, haciendo creer que los europeos querian

entregar el país al francés, y que él batallaba por Fernando VII, á quien creian muchos que llevaba en el coche, tomando por tal á una bella jóven vestida de hombre que acompañaba á Hidalgo en todas sus correrías, los indios se precipitaban á millares en el campo de la insurreccion.

Con 80.000 hombres bajo su mando, Hidalgo, proclamado generalísimo, amenazaba á Méjico, despues de saquear y asesinar á los infinitos españoles que cayeron en su poder en las ciudades que tomó ó en los pueblos que se le entregaron sin resistencia. Temíase que aquel torrente furioso todo lo llevase por delante con su arrollador ímpetu; no se creía que hubiera dique bastante fuerte que se le opusiese. Venegas, el nuevo Virey, que, apenas instalado en el mando y sin conocer el país, se veía con aquel conflicto encima, espidió órdenes apremiantes para improvisar un ejército con que resistir, y fortuna fué que, aun sin haberlas recibido, y á la primera noticia que tuvo del movimiento, el brigadier Calleja, comandante general de la brigada del Potosí, empezara á reunir las mermadas fuerzas que tenia bajo su mando, y con las cuales se formó el único reducidísimo ejército que podia oponerse á la abalancha, al parecer irresistible, que la mano de un clérigo disoluto, improvisado guerrero, lanzaba ya sobre la capital de Méjico.

Hidalgo no quiso habérselas con este pequeño núcleo de fuerzas regulares, y obrando con prudencia y con audacia al mismo tiempo, prefirió dirigirse á la capital, en la confianza de que, sin tiempo y sin medios el Virey de organizar una resistencia, podria penetrar en ella á favor de sus inmensas masas y antes